

LUIS ROMERO

**EL FINAL DE
LA GUERRA**



Puede afirmarse que desde los primeros meses de 1967 en que Luis Romero publicó *Tres días de julio*, comenzó a trabajar en el presente volumen, pues el único libro suyo aparecido desde entonces, *Desastre en Cartagena* (1971), fue ampliación de un episodio ignorado o tergiversado hasta entonces desde ambos bandos. En estos nueve años de paciente labor ha ido acumulando datos, compulsando hechos, consultando —estudiando— libros, folletos, documentos, periódicos, entrevistando en España o en el extranjero a actores y testigos, intercambiando correspondencia, examinando fotografías, inquiriendo a todos los niveles, ahondando en experiencias propias y ordenando y cotejando recuerdos ajenos, esforzándose en perseguir la verdad a través del laberinto que en muchos aspectos la mantiene secuestrada entre equívocos que la tiñen de leyenda, liberándola de subjetivismos exagerados, de pasión política, de deformaciones acentuadas por los años o exaltaciones antiguas o actualizadas.

Una impresionante acumulación de datos, de versiones coincidentes o discordantes, un propósito de objetivización e imparcialidad rigurosos, la decidida voluntad de ver claro para explicar con claridad un profundo conocimiento de los hechos y de las circunstancias, el análisis del carácter y situaciones de protagonistas, actores secundarios y testigos, lo han conducido lentamente a esta pormenorizada exposición e interpretación de los episodios finales de la guerra civil, no de los últimos tres días como han supuesto algunos de quienes tenían noticia de que Luis Romero andaba metido en tan ingente tarea, pues son los tres últimos meses los que estudia en profundidad, para lo cual previamente establece un resumen del curso militar y político de la guerra desde sus comienzos.

En este libro el autor abandona la fórmula literaria (que con impropiedad calificaron algunos de novelada) de que se sir-

vió en sus dos anteriores libros, y se entrega a un relato de los hechos, explicados en ocasiones desde distintos puntos de vista, al análisis de esos acontecimientos, a confrontar datos, cifras y versiones, expresar dudas, plantear interrogantes, a facilitar fuentes y a valorarlas, y solo con mesura, que incluye paradójicamente dosis de tolerancia y reconvenções, emite allí y aquí juicios referidos a sucesos, actitudes, testimonios o personas.

Nos hallamos ante un libro importante en que el autor de nuevo viene a demostrar lo independiente de su postura, su exigencia de libertad de juicio y expresión, la voluntad que le guía de inquirir la verdad donde se encuentre, y pone de relieve una notable capacidad de comprensión de los hombres que participaron en la guerra. Igual que sus dos anteriores obras, *El final de la guerra* constituye una aportación histórica valiosa y clarificadora que obligará al replanteamiento de muchas cuestiones, y del final de la guerra mismo.

PRÓLOGO

Estando destinado este libro a narrar y comentar los episodios finales de la guerra de España, la primera pregunta que nos planteamos es la de cuándo comienza ese final. La segunda sería ¿cuáles fueron las causas que al mismo condujeron? ¿Comienza el fin de la guerra durante la batalla del Ebro? ¿Al decidirse, tras las resistencias iniciales, la ofensiva de Cataluña? ¿El día 26 de enero de 1939 que con la pérdida de Barcelona desaparece la organización del estado republicano? ¿En el momento en que las tropas nacionales clavan sus banderas en la frontera francesa? ¿Cuando Inglaterra y Francia reconocen al gobierno de Burgos? ¿A la dimisión de Azaña? En cuanto a las causas que llevan a la derrota del bando republicano, también pueden formularse interrogantes y encadenarlos unos a otros: ¿Fue a causa de que el Consejo de Defensa de Casado derribara al gobierno de Negrín y este decidiera abandonar el territorio republicano? ¿Como resultado del avance implacable del victorioso ejército nacional y de su aplastante superioridad? ¿Por desánimo de quienes creían haber perdido la guerra y por carencia de auténtico impulso de resistencia por parte de los que propugnaban precisamente la resistencia? ¿Se produce el colapso como efecto secundario de los reajustes que en este período se llevan a cabo entre las grandes potencias y de los juegos diplomáticos que comportan? Y ¿no serán todos ellos y otros más, factores coadyuvantes que precipitan un final irremediable? Nos proponemos a

través de las páginas de este libro, en la medida de lo posible, dar respuesta a estos interrogantes y a los demás que vayan planteándose al estudiar el conjunto de hechos y situaciones que llevarán a los tres últimos días de marzo y a aquel primero de abril de 1939, en que un solo parte de guerra será al tiempo proclama de victoria y epitafio.

Cuando me propuse escribir este libro —hacia 1967— se habían publicado ya muchos sobre el mismo tema, empezando por las historias generales y aquellos dedicados en exclusiva a los últimos meses tan agitados, confusos y polémicos. Pero un elevado número de estos trabajos, más que a esclarecer los hechos tendían a la autojustificación personal o partidista y a anatematizar a quienes hubiesen sostenido posiciones antagónicas.^[1]

Páginas dedicadas a la glorificación o al insulto, escritas bajo efectos de pasiones arrebatadoras, sin preocuparse de investigar aquellos hechos desarrollados fuera de la percepción inmediata de quienes escribían y aduciendo el único testimonio de amigos pertenecientes al mismo bando o bandería. Estas obras, polémicas más que históricas, aclaraban actitudes, circunstancias y acciones parciales, siempre que no aparecieran magnificadas, tergiversadas o equivocadas. De entonces acá se han publicado muchos más libros; en algunos de ellos se trata en exclusiva del final de la guerra, con lo cual bastante es lo que se lleva avanzado por ese camino sin que, a mi entender, ni esos libros, meritorios y esclarecedores, ni este que voy a presentar, puedan calificarse de «definitivos». Algunas de las preguntas que nos planteamos solo con hipótesis, mejor o peor fundamentadas, pueden responderse; todavía subsisten incógnitas relacionadas con hechos o con cúmulos de hechos importantes, que nos hacen vacilar sobre la definitividad de algunas conclusiones.

Muchos de quienes tuvieron en sus manos decisiones supremas no han hablado; una mayoría de ellos, ya no ha-

blarán. Ni Negrín,^[2] ni Togliatti, ni Stepanov, ni aquellas personas relevantes o menos relevantes encastilladas en la lejana «Casa» explicaron motivos y porqués de resoluciones que llegarían a evidenciarse solo por sendas tortuosas y secretas imposibles de desentrañar desde el hoy. Tampoco ha hablado Franco, ni, por motivos obvios, sus más cercanos colaboradores. Segismundo Casado escribió un libro —dos, si se prefiere— pero hay que preguntarse si va destinado a quienes desean conocer la historia de unos sucesos o trata de justificar una postura que se tradujo en actos, arriesgados en lo físico y moral, que, por no haberse resuelto con éxito, se ha visto obligado a explicar acoplándolos a unos esquemas discutibles. Esta manipulación no debe ser motivo de acusación especial, pues es algo que se repitió y se sigue repitiendo desde diversos y aun opuestos puntos de vista.

Quienes se interesan en desentrañar la historia de la guerra civil española —interesarse es leer, hablar, investigar y, en última instancia, escribir— no ignoran que de lo mucho que sobre ella llegó a publicarse solía superar por su valor informativo aquello que lo fue en zona republicana primero y en el exilio después, a cuanto, paralelamente y en sentido opuesto, se estaba escribiendo en la zona nacional y más adelante en la totalidad del territorio español. Las causas son muchas, matizadas y de diversa índole; podría redactarse una monografía que las analizara ilustrándolas. El bando nacional fue monolítico desde el principio, y aun desde «antes», por influencia de herencias que reivindicaba. Las personas que lo integraron se mostraban poco inclinadas a la autocrítica; pensamiento y acción se imbricaban hasta el extremo en que la acción era en ocasiones una forma de pensamiento. La infalibilidad fue dogma, y el dogmatismo defecto —o virtud— muy acusado que se aplicaba, salvo excepciones, de manera permanente. La censura se ejercía con rigor totalitario y tan convencidos estaban quienes la promulgaron y manejaban de su oportunidad,

necesidad y justicia, que ha podido sobrevivir hasta nuestros días, atenuándose en sucesivos escalones, sin que nadie la discutiera a fondo desde dentro. La oficialización de la verdad ha sido postulado que, en razón de su propia esencia, no admitía dudas ni vacilaciones. En el bando nacional se legislaba por la gracia de Dios y la autoridad se ejercía en su nombre. Todo tenía que ser considerado santo, beneficioso, acertado, obligatorio. Pocos resquicios, pues, quedaban a la crítica, a cualquier estudio o consideración, que no fueran parciales en ambas acepciones; la palabra escrita o hablada iba sin excepción dirigida a glorificar a unos y a la condena, sin formación de causa, del enemigo y del tibio. No entra en mis propósitos discutir aquí las razones de tan cerrado sistema; el hecho de haber ganado la guerra, utilizándolo sin desmayo, desautoriza cualquier condena desde supuestos de índole pragmática. En otras profundidades no entro por el momento.

¿Significa lo antedicho que a la hora de emprender un trabajo histórico pueda prescindirse o prestar escasa atención a los libros que con sentido amplio calificamos de «nacionales»? Hacer tal cosa equivaldría a privarnos de muchos y buenos datos que hallaremos en sus páginas. No solo en los clásicos, denominación en la cual englobaríamos a aquellas historias, por lo común militares, que citan incluso quienes escriben desde campo enemigo, sino en otros muchos referidos a campañas, episodios, o restringidos a experiencias personales, que conviene manejar con tacto y prudencia. Algunos de esos libros son meritorios y útiles; fueron escritos en momentos en que la pasión nublaban el sentido crítico, y la información, por el peso de diversas causas, era limitada, desigual y escasa, en particular la que se refería al campo enemigo. Para conocimiento de lo que ocurrió en zona gubernamental no conviene recurrir a fuentes nacionales. La animadversión y el desprecio llevaban al desconocimiento casi absoluto, al error burdo. Esa actitud pudo en ocasiones erigirse en obstáculo, y no pequeño,

para la buena marcha de la guerra, y lo fue también para la pacificación posterior del país y para conseguir el sosiego de los espíritus no alcanzado todavía. ¿Que de las obras publicadas por quienes componían el conglomerado republicano podría decirse otro tanto? Posiblemente; pero nunca con un grado de incompreensión semejante; sin contar que, como queda dicho, el bando nacional era más homogéneo en su conjunto.

Pocas excepciones podrían hacerse entre los libros que conozco. *Mis cuadernos de guerra* del general Kindelán sería la principal. Pero los «cuadernos» son breves y algunas de las críticas que se formulan adolecen de imprecisión por respetuosas y requieren un esfuerzo interpretativo que diluye los valores críticos. También pudieran habersele deslizado al general Kindelán defectos de información sobre los efectivos aéreos del enemigo, en particular sobre las fuerzas de aviación que se le enfrentaron en la batalla que él llama de Gandesa y nosotros del Ebro. En *Guerra de liberación española*, del general García Valiño, se dan, de manera más atenuada y críptica, los comentarios críticos de ciertas operaciones; parecen explicaciones o quejas dirigidas a alguien que no es precisamente el lector. Como las operaciones bélicas llevadas a cabo por el ejército nacional tienen que ser estudiadas con preferencia en sus propias fuentes, resulta difícil llegar a conclusiones que merezcan garantía plena. Los protagonistas han escrito muy poco; los demás recibieron datos que englobaban la propaganda. Así, cuando se trataba de exaltar el heroísmo propio, podía abultarse el número de las bajas, que en otras ocasiones disminuirían para multiplicar las ajenas y demostrar con datos trucados lo terminante de la derrota infligida. El tono exaltado y propagandístico que imprime carácter de epinicio a la prosa nacional no necesita demostración, viene implícita en sus páginas.

Vamos a extendernos, a manera de ejemplo, en uno significativo. Al tratar de la batalla del Ebro se niega por siste-

ma el hecho de que la ofensiva republicana sorprendiera a los mandos nacionales. En apoyo de esta negativa se aducen los informes y referencias que se poseían sobre la inminencia del ataque. A continuación pasan a relatarse los hechos y describirse los primeros combates. Que los defensores de la orilla derecha fueron sorprendidos, y como tal arrollados, se deduce de manera clarísima e indiscutible pero apenas se comenta. De estar prevenidas y reforzadas las tropas que guarnecían la orilla y su inmediata retaguardia, se hubieran adoptado algunas precauciones capaces de convertir lo que fue indiscutible éxito republicano en desastre. Cualquier lego en ciencias militares puede llegar a la conclusión de que, si la ventaja gubernamental en la segunda fase de la batalla vino determinada por la posesión de los observatorios y de todas las alturas que dominaban el escenario de los combates, hubiese resultado factible y eficaz para los nacionales situar guarniciones atrincheradas y comenzar la batalla, si es que deseaba aceptarse el reto con la ventaja que se le cedió al enemigo, cesión que fue causa de un elevado número de bajas propias. Este razonamiento invalida la teoría, o el rumor que se puso en circulación, de que se permitió el paso a los republicanos deliberadamente para destruir su ejército de maniobra.

El silencio y la ignorancia que sobre ciertos aspectos de la batalla del Ebro se observan en cuanto se ha escrito, inducen a plantearse interrogantes a los cuales resulta imposible por el momento dar respuestas satisfactorias. ¿Pudiera ser que la planificación y ejecución del paso del Ebro coincidiera con el desmantelamiento de los servicios secretos que los nacionales mantenían en Cataluña? ¿Pudiera ser que en habilísima jugada el SIM republicano hubiera sustituido a los agentes encarcelados por elementos propios que transmitieran falsas informaciones, e incluso conseguido que alguno de aquellos agentes sometido a irresistibles presiones colaborara en la trampa? Que en la guerra unos ganan las batallas y otros las pierden, sin excluir las de los

servicios secretos, es algo que debe ser reconocido; llega a pensarse que el afán de infalibilidad y la discreción que se mantiene todavía sobre determinados aspectos, resistiéndose a poner las cartas boca arriba, pueden menoscabar la verdad histórica sin evitar tampoco que la leyenda se deteriore. ¿Pesaría más en el ánimo de quienes tomaban las decisiones el contenido de informes que se suponían enviados por agentes que conectaban con las redes extendidas por Francia, que los otros informes que provenían de la aviación, del interrogatorio de prisioneros o evadidos y de la observación efectuada desde los mismos frentes? Lo cierto es que los republicanos tampoco suministran aclaraciones al respecto, y, si embargo, la más cruenta de las batallas de la historia moderna española se inicia con una inexplicable e inexplicada sorpresa en la madrugada del 25 de julio de 1938, festividad de Santiago Apóstol.

Que la batalla del Ebro tendría resultados decisivos en cuanto a la suerte de la guerra parece demostrado por los propios hechos. El espectacular paso del río y los avances que le siguieron alumbran la última ilusión de los partidarios de la república dentro y fuera del país y a ambos lados de las trincheras. Eso no significa que *a priori* la influencia que la batalla del Ebro ejerció sobre la marcha general de la guerra tuviera que ser definitiva como resultó serlo después. Si el armamento enviado por la URSS hubiese hallado pronto y fácil paso como lo tuvo por diferente vía el suministrado a los nacionales por Alemania, la posterior ofensiva sobre Cataluña habría sido distinta a lo que fue. La moral de los combatientes republicanos, bien armados, protegidos por artillería y aviación suficientes, abastecidos con largueza, no tenía por qué decaer como lo hizo. Pero estamos entregándonos a especulaciones sobre hechos que no sucedieron y lo que interesa es el análisis de lo que sucedió y tal como sucedió. Los historiadores prorepublicanos y aquellas personas pertenecientes al mismo bando que han publicado sus memorias y protagonizaron o intervinieron

muy directamente en los hechos, desde el jefe del Estado Mayor al subsecretario del Ejército de Tierra o el jefe del Ejército del Ebro y sus inmediatos subordinados, coinciden en resaltar que la obstinación del mando nacional en aceptar aquella batalla frontal fue la causa de que se saldara con tan elevado y doloroso número de bajas y explican las maniobras que su enemigo hubiese podido llevar a cabo para anular la ventaja republicana inicial. Los argumentos parecen válidos. Pero habría que preguntarles a ellos por qué el ejército republicano se empeñó también en aquella sangrienta batalla después de que, fracasados los objetivos estratégicos se sabía que la superioridad en armamento y reservas del enemigo hacía previsible la trituración de los efectivos propios. Pregunta no formulada pero que queda sin respuesta, porque alargar la duración de la guerra para mantener el prestigio o inducidos por vagas esperanzas de que se produjeran aleatorios conflictos internacionales — que no se produjeron — parecen motivaciones insuficientes. Y si es cierto que la retirada del Ebro fue, al igual que el ataque inicial, operación bien planeada y ejecutada, también lo es que ni el V ni el XV Cuerpos de Ejército consiguieron rehacerse del tremendo castigo que recibieron en la orilla derecha. Es criterio general que la operación final sobre Cataluña se decidió militarmente en aquella sangrienta batalla.

Puede afirmarse que los libros publicados en zona nacional y durante muchos años en España, por culpa de sus tonos elogiosos y del riguroso ejercicio de la censura, exigen hoy considerable esfuerzo de comprobación con otras fuentes y que, salvo excepciones, apenas resultan utilizables para informarse de lo que ocurría al otro lado de las líneas del frente. En los últimos tiempos, cambios de orientación de signo favorable y una evidente relajación de las censuras han propiciado las aportaciones de historiadores jóvenes (o relativamente jóvenes), que han tenido acceso a fuentes documentales, y que por primera vez se han «aso-

mado» al campo enemigo con espíritu abierto y auténtico deseo de comprender. Están publicándose en España obras que suponen un considerable avance, y la iniciación de posturas altamente prometedoras, que imprimen a la historiografía un viraje de noventa grados.^[3]

La historia o la literatura de guerra procedentes del bando republicano adolecen también, y en paralela medida, de partidismo exagerado; quien escribía sobre el tema, más que un análisis de la situación o un relato de los hechos, se proponía presentar aquellos que vinieran a demostrar la razón de convicciones inamovibles, aunque para ello fuera necesario distorsionar la verdad. Podrían considerarse en su conjunto como excelentes armas propagandísticas, instrumentos de guerra (guerra que desde ambos bandos algunos prolongan indefinidamente) destinados a producir impacto emocional en el lector. Los más de esos libros están escritos desde el exilio, sin documentación para consultar o apoyados en documentación escasa y de carácter casi personal. Se confía demasiado en la memoria y en aquello que otros han escrito cuando la cita o el dato favorecen. No resulta difícil hallar errores, comprobables e indiscutibles, que han ido repitiéndose por haberse ido copiando unos a otros; en determinados casos es factible averiguar de dónde proviene el error. Sucede que las variadas ideologías, posturas y bandos que concurren en aquel que englobamos bajo la denominación genérica de «republicano», son proclives a la discusión, a la crítica y a la polémica, que alcanzaron niveles de exacerbación y que hasta el presente no han sido acalladas apenas. De ahí que en esos libros se manifiesten opiniones contrastadas que permitan al lector recibir sobre un hecho diferentes interpretaciones y aun versiones, si bien en este último caso plantean nuevas dificultades para elegir entre ellas la que más pudiera aproximarse a la verdad.

Autores extranjeros han llevado a cabo meritorios esfuerzos bien intencionados desde la plataforma de sus per-

sonales convicciones. Pero si para los españoles resulta difícil separar la verdad de la mentira o el error, dar interpretación adecuada a algunos hechos y llegar a comprender determinadas situaciones, para el autor extranjero, y más aún si por razones de edad no vivía en aquella época, las dificultades se multiplican. Estos autores (citemos como ejemplos no excluyentes a Hugh Thomas, a Jackson y a Broué y Témime) suelen estar bien informados sobre las cuestiones internacionales relacionadas con la guerra. Podría reprocharse a algunos el dar excesivo crédito y relieve a las versiones de corresponsales extranjeros que no se distinguieron por su objetividad ni alcanzaron por lo común niveles aceptables de veracidad; también destacan actuaciones personales de amigos o conocidos que no pasan de lo anecdótico, o se apoyan en testimonios de escaso valor probatorio. Estos historiadores tuvieron que enfrentarse con peligros que les han resultado difíciles de soslayar, y alguno de ellos trata ahora de ir enmendando errores mediante nuevas comprobaciones.

Entre los muchísimos libros procedentes del campo republicano hay principalmente dos que merecen aquí especial referencia: uno sería *Historia de la república española* y el otro *¡Alerta los pueblos!* escritos por Julián Zugazagoitia y el general Vicente Rojo, respectivamente. No era Zugazagoitia historiador, pero sí aventajado periodista, muy bien situado para informarse de primera o segunda mano de cuanto estaba ocurriendo en su alrededor. El tono que preside su libro, publicado en 1940, da la medida del esfuerzo que tendría que imponerse entonces para lograr cierto grado de imparcialidad histórica. Al mismo tiempo, la proximidad de los hechos le resta perspectiva suficiente, y en algunas de sus noticias y opiniones se advierte el eco de la crisis en que se debatía el Partido Socialista, que tuvo que influir desfavorablemente en su ánimo. Por lo que respecta al período que nos proponemos estudiar en el presente libro, las noticias que aporta Zugazagoitia hay que usarlas con

prudencia y someterlas a comprobación sistemática, pues cuanto ocurrió en la zona republicana después de finalizada la ofensiva nacional sobre Cataluña le fue contado a él por personas que tenían versiones partidistas e incompletas. Pero, si de libros estamos hablando, parece de justicia aludir a Zugazagoitia que, en pequeña medida, fue adelantado, con limitaciones de tiempo y circunstancia, de posiciones que hoy serían de mucho beneficio y utilidad si otros le hubiesen seguido por aquel camino.

De obra importante para conocer uno de los postreros capítulos de la guerra debe ser calificada *¡Alerta los pueblos!*, por esta causa la hemos estudiado con detenimiento. El jefe del Estado Mayor Central, que era el verdadero generalísimo del ejército republicano —pues la única autoridad superior, el ministro de Defensa, era un civil—, se recluyó en Vernet-les-Bains, junto a la frontera española, y, muy recientes aún los acontecimientos, escribió sobre ellos de tal forma que, si asoma en sus páginas el inevitable partidismo, del cual posiblemente ni se diera cuenta, se advierten deseos de objetivización. Por la rapidez con que la obra fue redactada y publicada y a causa de la proximidad de los hechos, se manifiestan en ella defectos achacables a la precipitación. A pesar de las numerosas lecciones históricas que pueden deducirse y de la alteza de miras que la preside, se evidencia un propósito de autojustificación y el deseo de defender, tampoco censurable aunque se declare apolítico, a quienes fueron para él los mejores colaboradores, y asimismo al dirigente en el cual creyó y a quien obedeció; me refiero a los militares y comisarios comunistas y a don Juan Negrín.

Hemos señalado que el general Rojo trata de justificarse, y así es; en los aspectos militares cargará todo el peso de la derrota —de las sucesivas derrotas— a la cuenta de los elementos civiles, de los paisanos, sin excluir a nadie salvo al presidente del Gobierno, acusa al Comité, o mejor, a la política de No Intervención, a los catalanes, y, olvidan-

do los elogios que les dedica en otras páginas, culpa en ocasiones a los soldados, y al «pueblo», a quien también antes y después alaba como ente abstracto y casi literario. Y aún bosqueja otra justificación que, en el momento en que publicó el libro, debió parecerle que resultaba conveniente formularla ante su propia conciencia o ante la opinión pública. Se trata de su conducta en relación al último episodio ocurrido en zona republicana. Tras la derrota de Cataluña considera Rojo perdida la guerra. Como soldado consciente y disciplinado ha ido esforzándose en llevar a cabo una retirada en las mejores condiciones posibles. La operación, o sucesión de operaciones, la describe en *¡Alerta los pueblos!*, y sus explicaciones contribuyen mejor que ningún otro relato a comprenderla; y no es extraño que así sea pues dirigía el Estado Mayor de uno de los dos ejércitos en liza. En el relato se observa un fenómeno de desdoblamiento como, probablemente, sufrió un desdoblamiento la propia personalidad del general. Con trazos firmes va describiendo la caótica situación en que se debatían las acosadas unidades combatientes, las demás fuerzas militares, la maquinaria estatal, organizaciones sindicales y políticas y aquellas multitudes sufrientes y heterogéneas que en idioma militar se califican de «retaguardia». En la segunda o tercera fase de la batalla el caos es casi total. Paralelamente, él, jefe del Estado Mayor de ese ejército en derrota, se complace describiéndonos con detalle las órdenes que cursa, proyectos que imagina, las directrices que imparte, aun a sabiendas, como él mismo confiesa, que no resultaba posible su cumplimiento. De acuerdo con lo que el propio Rojo nos declara, observamos cómo el tinglado burocrático-militar resulta inoperante. Leyéndole, no deja de sentirse admiración hacia ese militar dedicado a un trabajo frío, cálido él en su condición humana, inteligente, desengañado, que atribuye extraordinaria importancia al gesto, y el «gesto» podía consistir en aquella ocasión en dar órdenes que sabe que no van a cumplirse.